

tocase al bien de las almas, todos le hallaban con un semblante apacible, y pronto para semejantes obras.

Gobernando, pues, su Colegio el P. Pedro Navarro con toda esta religión y prudencia el año de 1648, comenzó á encenderse el contagio de peste que dijimos, en la ciudad de Mérida, con tal furor, que les era necesario á los nuestros acudir continuamente al consuelo, confesiones y ayuda de tantas almas necesitadas; y el Padre Rector, aunque andaba achacoso, ayudaba en lo que podía atendiendo también al alivio y regalo de los Padres sus súbditos, que sin tener descanso se empleaban en la ayuda de sus prójimos y andaban en medio de los peligros del contagio de que murieron seis de nuestros Religiosos. En esta ocasión, rendido el Padre Rector con los trabajos y cuidados de casa y de fuera, y siendo de suyo flaco y de pocas fuerzas, se sintió tan quebrantado y molido, que hubo de rendirse á la cama, y dos días después se sintió herido del contagio, y desde luego se miró como á quien se le había llegado la hora de su muerte. Miróla el muy religioso Padre con tan apacible semblante, que en él mostraba grandes ansias de irse á gozar de Dios al cielo, y aunque algunos de los nuestros que deseaban que Nuestro Señor le diese salud y vida, le decían por consolarlo que no era tan peligrosa la enfermedad, él no admitía esta plática, antes cuando el médico le declaró que era de muerte y que se le diesen los santos Sacramentos, él, con grande conformidad con la voluntad de Dios, oyó esta nueva. Recibió el Viático y la Extremaunción con grande entereza de sus sentidos; á los que mostraban sentimiento de su muerte, él los consolaba y alentaba. No apartaba los ojos de un santo Crucifijo que hizo le pusiesen delante, con quien eran sus tiernos y afectuosos coloquios, y actos fervorosísimos de contrición y conformidad con la voluntad de Dios; y perseverando, fija la vista en Cristo crucificado, con notable virtud y sosiego, y repitiendo los dulcísimos nombres de Jesús y María, dió fin á esta vida mortal á 23 de Agosto del año de 1648, para pasar á la de la gloria eterna; el cual, desde sus tiernos años, había vivido con grande cuidado en hacerse digno de ella. Fué sentidísima dentro y fuera de casa la muerte de un sujeto tan amado y estimado de todos, y que podía ser donde quiera de grande provecho con sus aventajados talentos de letras y religión y en edad á propósito para cualquier ministerio, pues cuando murió no tenía más de 44 años. El oficio de su entierro, aunque en tiempo tan peligroso de contagio, quiso hacer el Chantre de la Catedral y Gobernador del Obispado, Sede Vacante, el cual, de los Prebendados, era sólo el que había quedado vivo de los de la Catedral, y aunque él también había peligrado del contagio, había sanado, y no quiso excusarse de hacer este oficio de caridad, por la mucha estima que tenía del Padre Rector, cuya muerte creemos que fué preciosa á los ojos de Dios, pues aunque conoció el peligro de ella cuando fué señalado para este puesto, con todo, rendido á la santa obediencia lo ejerció con mucha voluntad.

CAPITULO XIX.

VIDA Y VIRTUDES DEL P. BARTOLOMÉ PÉREZ,
RECTOR DEL COLEGIO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS DE MÉRIDA,
EN CAMPECHE. AÑO DE 1647.

El segundo de los tres Padres Rectores que en la ocasión dicha murió en este Colegio, fué el P. Bartolomé Pérez, natural de la ciudad de Guadalajara de las Indias, hijo de las más principales familias de aquel reino, el cual desde su infancia mostró tan maduro juicio, que desde luego le criaron sus padres con el cuidado y enseñanza que convenia á un niño que pensaban había de ser honra de su linaje. Pero á la verdad lo pudo ser por la religión, aunque ellos lo pretendían por lo del siglo, adiestrándole en ejercicios de caballería: en ellos nuestro D. Bartolomé de Figueroa (que así se llamó en el siglo), se ejercitaba, aunque con el recato y honestidad de costumbres en que le impuso el Arcediano de aquella santa Iglesia, tío suyo, que le enseñó á leer y escribir en su misma casa. No lo puso á los estudios con atención á que había de tener otros empleos en el siglo, pero su natural dócil y la viveza de ingenio con que Dios le había dotado le inclinaban con notable propensión á las letras; y así, en muriendo su padre (que le dejó en la flor de su juventud), se dedicó tan de veras al estudio de Gramática y letras humanas, que en breve tiempo salió aventajado en ellas y muy apto para la Compañía, adonde ya Dios le llamaba. Y aunque no sin contradicción y sentimiento de sus parientes, se vino al noviciado de Tepotzotlán, ochenta leguas de camino, y fué recibido en él con sumo gusto, por ser el sujeto de conocida virtud, así por lo adquirido personalmente como en lo heredado por la sangre, teniendo parientes seculares y religiosos de esclarecidos ejemplos á quienes imitar.

Luego que entró en el noviciado, mudó el apellido de Figueroa por no ser conocido y estimado de sus deudos, contentándose con otro más llano de los que tuvieron sus abuelos, llamándose desde entonces Bartolomé Pérez; siendo ya novicio, aprovechó en toda virtud y con el mismo fervor de espíritu procedió toda su vida. Acabado su noviciado y hechos sus votos de religión, empezó desde el Seminario á señalarse entre sus condiscípulos con singular aprovechamiento en los estudios; pues haciendo ausencia por algunos meses el maestro del Seminario, así él como los Superiores, juzgaron que podía con toda suficiencia sustituir su lugar el Hermano Bartolomé Pérez. De aquí pasó á México para estudiar Filosofía, y en acabando de oír el curso de Artes, le mandaron defender el acto general de todo el curso y luego le enviaron á leer Gramática y latinidad al Colegio de Querétaro recién fundado entonces, y dió principio y asiento á aquellos estudios con grande utilidad de virtud y letras de la juventud de aquel lugar. Dos años empleó en este ministerio, y después de ellos vino al Colegio de México á oír Teología, y al primer año interrumpieron otra vez el curso de sus estudios los Superiores, que hacían digna estimación

de sus talentos, ordenándole que leyese retórica en la ciudad de los Angeles, con logro de muy buenos ingenios que aprovechó con su doctrina; y volviendo después al curso de sus estudios, los remató muy lucidamente con acto público de toda la Teología que por todo el día defendió con aplausos y aclamaciones no pequeñas, y estimación extraordinaria que hacía de su buen ingenio el sapientísimo P. Juan de Ledesma, su maestro, que le probaba con arduas y difíciles cuestiones de estudio, viendo la extremada satisfacción con que se desempeñaba de todas.

Acabados sus estudios, le envió la santa obediencia á ordenarse á Oaxaca, donde le ordenó de mayores órdenes el Ilmo. D. Fr. Juan Borges Cataño, del Orden de Santo Domingo, Prelado no menos docto que ejemplar y lumbrera de la predicación en su tiempo, tan afecto á nuestra Compañía, que pedía por sus cartas á nuestros Padres Provinciales le enviasen á Oaxaca nuestros ordenantes, administrándoles en cualquier tiempo que llegasen las órdenes con sumo gusto. Y de estos fué uno el P. Bartolomé Pérez, en quien reconociendo Su Señoría su ingenio, erudición y doctrina, gastaba con él, los días que allí estuvo, confiriendo lugares difíciles de escritura con aprecio grande de la inteligencia que el Padre les daba; y no menos reconocimiento, de parte del Padre, á la explicación que les daba un tan docto y sabio Prelado; tan temprano como esto, resplandecía el grande caudal de letras del P. Bartolomé Pérez. Ordenado ya de Sacerdote y acabada su tercera probación, le enviaron los Superiores á las misiones de Sinaloa, en cuyos ministerios apostólicos empleó cinco años con tan fervoroso espíritu, que habiéndole llamado de un pueblo de su partido para una confesión, segundo día de purga, que por su indisposición había tomado, no quiso auteponer su salud corporal á la de una alma, y poniéndose en camino, le sobrevino un recio aguacero, que junto con pasar un río caudaloso y crecido que le sobrepasaba la cabalgadura, le imposibilitó la prosecución en las misiones; porque, quedando con la humedad que le penetró por haber pasado con el vestido tan húmedo sin remudarle por muchas horas, sin el uso libre de sus miembros, con tanto rigor, que no podía dar un paso, le hubieron de traer en una hamaca por espacio de muchas leguas á la Villa de Sinaloa á curarle, hasta que, cobrando algún aliento y mejoría, le trajeron los Superiores á México porque no se acabase tan presto un sujeto de tanto talento; y aunque después, con el celo que tenía de emplearse en la ayuda de las almas de los pobres indios, hizo instancia para que le restituyesen á sus misiones, no pudo recabarlos, antes le ocuparon en varios oficios y puestos de la Provincia, lamentándose el riguroso Padre que no merecía por sus pecados ser misionero de la Compañía.

Ya recuperadas las fuerzas con alguna salud, ordenaron los Superiores con aceptación grande de los estudios de México, que leyese un curso de Artes, en que la elección de opiniones, nervio en las razones, claridad en la doctrina, sin dejar cuestión por sutil que fuese que el Padre no tratase muy de asiento, le acreditaron; de suerte que uno de los maestros que ilustraron esta Provincia en la cátedra de primera de Teología, aconsejó á un su confidente, á quien después señalaron los Superiores para que leyese curso, que si quería acertar con lucimiento, no dejase de la mano los ejemplares que en su doctrina ha-

bía dejado el P. Bartolomé Pérez; haciendo otros maestros la misma estimación de la doctrina del Padre. Ayudóle mucho la singular devoción que este muy religioso maestro tuvo con la Virgen Santísima, á cuya Concepción Purísima consagró su curso y lectura, reconociendo á su Patrona las floridísimas medras de sus estudiantes, que con haberle faltado muchos, ya por dedicarse á Dios en las sagradas Religiones, ya por otros accidentes, graduó en la real Universidad cerca de sesenta, y de ellos los diez y ocho en los tres lugares principales; extremada traza que negoció su industria para contentar á los beneméritos, favoreciéndole con decreto que para ello le dió, y hoy se guarda en la Secretaría de la Universidad, el Excelentísimo Marqués de Caderreita, Virrey de la Nueva España, premiándolos á todos como si cada uno solamente llevara ese lugar, y dejándolos consolados á todos. Y fué general sentimiento haber sido este curso uno de los más floridos en buenos estudiantes, que se han leído en México; y lo que más es, á todos los conservó hasta el último día, con tanto rendimiento, que no hubo menester el rigor que suele practicarse, para sujetarlos, así á la devoción como al aprovechamiento en letras; porque con su agrado (en que fué señalado) y la afabilidad de su trato, con que se hacía amable á todos, rendía y domesticaba los naturales y condiciones más briosas de sus discípulos. Cerró el curso con una de las acciones más tier-nas que han visto nuestros patios, porque la mañana del día en que se leyó la última lección, todos los estudios mayores y menores se congregaron en nuestra Iglesia, y muy bien adornado el altar de la Virgen con buen número de luces, flores y olores, cantó el mismo P. Bartolomé Pérez á la Concepción de Nuestra Señora, una Misa, que ofreció la música de la Catedral, y en ella todos los discípulos comulgaron de mano de su maestro, y en acabando la Misa, mientras en el coro se entonaba solemnísimamente el *Te Deum laudamus*, fueron sus discípulos, con impulso del grande amor que tenían á su maestro, á besarle la mano, abrazándolo todos con tantas lágrimas, que las sacaron á los que asistieron á acto de tanta devoción, dando á Dios y á su Purísima Madre las gracias de los frutos que con su protección habían conseguido. Acción que habernos querido referir aquí, por muestra del muy religioso espíritu de este maestro; el mismo fervoroso espíritu guardó para adelantar, no sólo á sus estudiantes, sino á los demás que se crían en nuestro Seminario de San Ildefonso, donde asistió algún tiempo.

Acabado el curso de Artes, y cuando iustaba el P. Bartolomé Pérez que le diesen los Superiores licencia para volverse á las misiones, sucedió la muerte del Padre Rector de Zacatecas, y en su lugar nombraron por Rector al P. Bartolomé Pérez, conociendo su mucha capacidad y prudencia. Ejerció este oficio por espacio de dos años, como amoroso Padre y Hermano de sus súbditos, y vigilantísimo así en la observancia religiosa como en adelantar lo temporal de aquel Colegio, con solicitud y diligencia. De aquí le trajo la obediencia con humilde resignación del Padre, á nuestro Colegio de Tepotzotlán, para que leyese á los jóvenes en nuestro Seminario; de donde pasó al Colegio de Oaxaca, para que se emplease en los ministerios de operario de nuestra Compañía, cuya asistencia en aquella ciudad fué muy importante para la expedición acertada de muchos y graves negocios que se ofrecieron entre el Prelado y sus ovejas, consultándolos con el P. Barto-

lomé Pérez, cuyas letras y religión se hicieron grande lugar en aquella república. Reconoció su mucha suficiencia en todas letras humanas, Retórica, Filosofía y Teología y aun Astrología y Jurisprudencia, el Ilustrísimo señor Obispo de Oaxaca D. Bartolomé de Benavides y de la Cerda, que era recién llegado del Perú á su Iglesia y trató muy de cerca al Padre en aquel Colegio, diciendo de él muchas veces: «Muchos hombres letrados debe de haber en esta Provincia; pues no se emplea en cátedra de Teología al P. Bartolomé Pérez.»

Con deseo de que leyese la de Vísperas de Teología en la Puebla, le habían llamado los Superiores á México, en ocasión que N. P. General le enviaba patente de Rector para el Colegio de Mérida en Campeche; obedeciendo el Padre en todo, con la resignación que profesa la Compañía, y en llegando á su Colegio, luego ganó las voluntades de los republicanos y la de su Gobernador, tanto que le eligió por su confesor y Padre espiritual, granjeando tan bien de manera los afectos del señor Obispo de aquella Iglesia, que en este tiempo llegaba de España, que recabó fácilmente de Su Señoría la paz y quietud de diferencias que en la Sede Vacante se habían ofrecido, y verdaderamente fué el ángel de paz que envió Nuestro Señor á aquella Provincia para componer otras discordias y enemistades muy enconadas, reduciéndolo todo á unión y caridad cristiana: que fueron frutos del religioso espíritu y fervoroso celo de la predicación y doctrina del Padre, verdadero hijo de la Compañía en sus excelentes virtudes.

El talento de púlpito de que le dotó Dios Nuestro Señor fué grande, y de que dió grande espécimen desde el tiempo de su tercera probación, predicando los sermones de la cruzada de la plaza de la Puebla, célebres en aquella ciudad. En ellos él se aplicaba mucho á tratar de materias morales y de provecho, de suerte que tenía propuesto y lo ejecutaba, no predicar ningún exhortativo sin un punto de moral á su auditorio. Pero en lo que se esmeraba con excelencia, era en las festividades de la Virgen Santísima; allí tendía las velas de la elocuencia en la devoción y ternura con que ponderaba las grandezas de esta Señora, bañado todo en afectos dulcísimos que imprimía en sus oyentes. En hablar de las soberanas excelencias de esta Señora, se le echaba de ver que se regalaba su espíritu, y cuyas memorias solía introducir en sus conversaciones, deseando promover las almas á su devoción. Ocupábase el tiempo que le vacaba de otros ejercicios, en hacer apuntamientos singulares de sus divinas perfecciones y prerrogativas; principalmente en el artículo piadosísimo de su Concepción, que veneraba con ardientes deseos de alcanzarle definido por la Santa Sede Apostólica. Muchos servicios de mortificación interior tenía dedicados á la Purísima Virgen, domando alguna pasión en honra suya hasta sujetarla; hacía en lo exterior cuantas demostraciones podía en servicio de esta Señora, con quien tenía hecho un contrato que explicaba bien su amor tierno para con ella; y era, que cuantas Misas dijese, y todas las demás obras virtuosas y penales en que se ejercitase por toda su vida, todas entrasen en su tesoro, para que dispusiese de ellas á su voluntad y como más se sirviese, con cargo de que tuviese por oficio satisfacer de ellas las obligaciones en que le ponía la santa obediencia. Y decía el devoto Padre sentir muy buenos efectos de correspondencia en la Virgen Santísima, y que jamás le había encomendado negocio que no le consiguiese con mucho consuelo y ja-

bilo de su alma; y lo manifestaba la seguridad con que en cualquier trabajo, dificultad, duda ó desconsuelo, acudía á esta Señora. Esto persuadía siempre á sus confidentes, y quisiera que todos ardiesen en amor de esta Soberana Señora, Reina del cielo, cuya corona rezaba con suma devoción, y muchas veces, acompañado de otros para rezarla á coros, anhelando siempre á acrecentar, si Dios le pusiese en ocasión, su divino culto.

Quien tan hijo fué de la Purísima Virgen, bien se deja ver cuán vigilante viviera en la pureza de su corazón, y en esta materia fué grande la vigilancia y recato del P. Bartolomé Pérez; algunos la llamaron angelical. Siempre guardó grande seriedad en las visitas que hacía fuera de casa, que eran raras, y esas de obligación y personas de conocida virtud, sin mezclarse jamás en sus conversaciones materia que no fuese de espíritu, y si tal vez en su presencia se pronunciaba plática que tuviese algún viso de menos compostura, se bañaba su rostro de tal gravedad, que ponía atención y cuidado en los circunstantes, mudándola con gracia, que para ello tenía, en materias provechosas. Su pobreza fué verdaderamente evangélica; jamás se le conoció alhaja de las que lícitamente se permiten á un Religioso pobre; y tal vez que un devoto suyo le envió un baulito de materia curiosa para sus papeles, aunque no rica, al instante se deslizo de él, por no tener más de lo precisamente necesario. Contentábase en el vestido con lo que le daba el Colegio en que residía, y esto con tanto alivio de las casas, que sucedió algún tiempo pasarse con las frazadas sin sábanas; y diciéndole un Hermano que por qué no pedía al Superior remediase esta falta, respondió: «Es tan liberal el Padre Rector, y cuida tanto de sus súbditos, que si manifesto necesidad se quitará las suyas que no son más de las necesarias, por dárme las á mí, y no es razón quiera yo que á mí no me faltase alguna cosa.» Esta misma razón le obligaba á pasar con la ropa interior de que usaba bien rasgada, vieja y remendada, y él mismo se preciaba de que sabía echar un buen remiendo, que era preciarse de ser pobre; y tenía tal afecto á esta virtud, y á sentir algunos efectos de ella, que solía clavar con tachuelas sus zapatos, cuando ya con el uso se descosían, por no pedir otros, hasta que las roturas del cordobán, que no admitían disimulación, le obligaban á ello.

Con ser muy erudito en todas facultades, y muy aficionado á la compañía de los libros, nunca tuvo, fuera de la Biblia y su Breviario, otro alguno que llevase consigo como propio, cuando la obediencia le mudaba de unos á otros Colegios, contento con los pocos ó muchos que hallaba en el aposento en que le ponían, que para él todos eran buenos, por hallar su ingenio qué advertir y reparar en cualquiera. Ni un lienzo ó lámina pobre, ni aun una imagen de papel tenía en el aposento que pudiese decir que era suya; porque en cualquier Colegio donde llegaba (decía el Padre) por lo menos no faltaba la Cruz de Jesucristo. Su rosario era ordinario y pobre; en un cerquillo de búfalo, tenía una cera de Agnus, una reliquia de la Virgen y otra de nuestro Padre San Ignacio, con que se hallaba muy rico; alegrábase notablemente de la santa pobreza que estimaba como madre. Y de aquí le nacía el hacer particular estimación de los pobres á quienes acudía con exactísima puntualidad, siempre que le llamaban en sus enfermedades; buscábales con mucha diligencia y solicitud limosnas para remediar-

los, y por su mano se hicieron muchas de consideración; y si algunos de los muchos señores que le visitaban y buscaban en todas partes, le enviaban algún regalo, luego lo repartía entre los necesitados de fuera y de casa; no tenía cosa suya, deseando aliviar á todos los que padecían alguna falta.

Su obediencia fué siempre pronta para todo lo que quisieron disponer de su persona los Superiores; su oración fué continua; el celo del bien de los prójimos, fervoroso. Y ya que no pudo volver á sus deseadas misiones de Sinaloa, procuraba con todas veras ejercitarse en los Colegios donde vivía en ayudar á los indios, cuya lengua mexicana sabía, y bajando con grande gusto al confesonario siempre que aquestos le buscaban, que no eran pocos, atraídos del agrado con que los recibía y acariciaba. Con iguales demostraciones de alegría se empleaba en tratar y confesar la gente servil y más desdichada, dejándoles á sus compañeros la de esplendor y lustre, por más que aquesta le buscaba importunamente por el consuelo y quietud que en sus conciencias llevaban de su confesonario; porque en tratar prójimos tuvo tan singular gracia, que de ordinario se ganaba la de los más autorizados de la república, de que se aprovechaba para ayudar á pobres que acudían al Padre para que mediase en sus pleitos y los favoreciese en sus necesidades, sin admitir otro favor de los que experimentaba en la estimación que hacían de su religión y prendas, personas principales. El señor Obispo de Oaxaca, que mucho le estimaba, nunca pudo recabar que se quedase á comer con Su Señoría, de muchas veces que le instó para que admitiese este agasajo. En Mérida, donde era actual Rector á este tiempo, no fueron pequeños los favores con que le honró el señor Obispo de aquella Iglesia, que después fué Gobernador de la Nueva España. Y el Gobernador de la Provincia de Yucatán se ayudaba del parecer y consejo del P. Bartolomé Pérez en el peso de su gobierno y en la dirección de su alma; y lo que era de más edificación en el Padre, fué, en medio de estos favores, la serenidad de su ánimo en lo adverso y próspero, reconociéndose en él una verdadera humildad en medio de sus grandes talentos.

Estimábase por el ínfimo de la Compañía, y en ocasión que sin causa razonable le dijo alguno que era un idiota, con otras palabras que se agregaron de igual calificación, la respuesta fué callar y retirarse á su aposento, en donde un Hermano, que sin advertirlo el Padre había oído todo lo que había pasado, le halló hincado de rodillas delante de un Crucifijo, y preguntándole, sin darse por entendido de lo que sabía, que si aquel era tiempo de oración, respondió: «En todos tiempos conviene orar, que delante de Dios no es el hombre más que un vil polvo,» sin que jamás le diese á entender la ocasión que se le había ofrecido, bastante para cualquier sentimiento á no tener la humildad en que el Padre estaba muy actuado. Confirmábase esto, con que siendo el P. Bartolomé Pérez dotado de excelente juicio y entendimiento, se satisfacía poco en lo que trabajaba, y á un Hermano estudiante discípulo suyo que había concurrido con él en un Colegio, cualquier sermón que disponía se lo llevaba, rogándole por amor de Dios que se lo corrigiese y enmendase, y resistiéndole su discípulo, corrido de que tan claramente le mortificase con tan extraordinarias demostraciones, el Padre persistía en sus ruegos, diciéndole: «Siempre, Hermano, he tenido costumbre de registrar cualquier obra mía con

quien más sabe, para que la enmiende y yo no afrente á la Compañía;» juzgando que un discípulo principiante en las materias, entendería aquellas mejor que él, que en todas era maestro; y lo mismo hacía en otras materias, no resolviéndose en ellas sin consultarlas primero con otros de capacidad y juicio prudente.

Con este humilde y bajo concepto que tenía de sí, respetaba á todos los demás sus Hermanos como á Superiores, procurándoles excusar todo disgusto con particular estima que hacía de todos y de cada uno; y se le oyó decir muchas veces que tenía especial consuelo para la hora de la muerte, en que nadie hubiese perdido por él, sin tener en esta parte de que dar cuenta á Dios en aquel trance, de haber faltado á la caridad que debía á sus Hermanos. Y recelando una vez de que cierto Religioso quisiese defenderse con los Superiores de una falta con algún género de venganza, se fué al aposento del que estaba sentido, y puesto de rodillas, le pidió por la Sangre de Jesucristo y amor de la Purísima Virgen, que no se defendiese en aquella ocasión; pues por más que se contuviera, había de hacer el amor propio su oficio, sino que dejase á Dios y á la verdad, que obrarían favorablemente, y diciendo: «Antes padecer un poco de humillación, Hermano mío, que hacer la más mínima ofensa á nuestros Hermanos.» Y recabó este piadoso celo del Padre lo que quiso, de que resultó gloria á Nuestro Señor y consuelo á todos.

Finalmente, el Padre fué general ejemplo de religiosa virtud y en la penitencia nada remiso, pues fuera de los ayunos y disciplinas que hacía de ordinario, continuamente se vestía un jubón ó jaqueta de cilicio con que mortificaba su cuerpo, siendo agradable á Nuestro Señor y á los hombres que le amaban tiernamente, como lo manifestó el general sentimiento que todos mostraron cuando llegó á la Puebla y México la nueva de su muerte, que fué en su Colegio de Mérida, Provincia de Campeche, ocasionada de un grande tabardillo, curado por dolor de hijada que solía padecer ordinariamente. Murió el P. Bartolomé Pérez recibidos todos los santos Sacramentos, y habiendo pedido con instancia que le dejasen morir desnudo en la tierra, á imitación del Seráfico Padre San Francisco, rindió su espíritu en manos del Señor, á quien con tanto celo había servido, al año y cuatro meses de su Rectorado, y á los 4 días de Diciembre del año de 1647 y de edad 42; los 26 de Compañía y 6 de profesión solemne de cuatro votos.

Bien mostró aquella ciudad y república, cabeza de toda la Provincia de Yucatán, la estimación que hacía de un sujeto tan digno de ella, porque en oyendo el doble de nuestro Colegio el Ilustrísimo señor Obispo de aquella Iglesia, mandó doblar de Cabildo en su Catedral yendo luego á dar á los nuestros el pésame, con palabras no menos de dolor que de amor tierno y aprecio grande de los grandes talentos del Padre, diciéndole Su Ilustrísima un responso y acudiendo el día siguiente al entierro con todo el Cabildo eclesiástico y cabeza de la ciudad. No menos se mostró lastimado en demostraciones de sentimiento de haber perdido un tan prudente confesor y Padre espiritual, el Gobernador que asistió, aunque muy falto de salud, con todo el Cabildo secular á los funerales, cuya pompa fué de la mayor que ha visto aquella república, dejando prendas y esperanzas un tan religioso y ejemplar sujeto, de que iba á recibir el premio de sus muy señaladas virtudes á la gloria.

Es de advertir aquí, que de tres Padres Rectores y muy señalados sujetos que en este Colegio de Mérida murieron sucesivamente, empleándose con caridad cristiana en confesar y consolar enfermos de peste, que duró dos años. El primero fué el P. Bartolomé Pérez, á quien siguieron los otros dos, cuyas no menos ejemplares vidas escribimos en los capítulos siguientes. Porque aunque nuestra Provincia sentía no poco la falta de tales hijos y sujetos, pero por no faltar á la caridad que ella profesa en la ayuda de los prójimos, no paraba de enviar en lugar de los que rendían la vida en tan gloriosa empresa, otros que en la misma les sucediesen; y hubo tiempo que no quedó vivo en este Colegio de Mérida, más que un solo Sacerdote de los nuestros que pudiese ayudar con nuestros ministerios á esta ciudad.

CAPITULO XX.

VIDA Y MUY RELIGIOSAS VIRTUDES

DEL P. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, RECTOR DE NUESTRO COLEGIO DE MÉRIDA. AÑO DE 1649.

A la historia de este Colegio pertenece también el escribir aquí la muy religiosa vida del que fué tan hijo de la Compañía como el P. Bartolomé de las Casas, á quien parece que desde sus tiernos años previno Dios con la bendición de su dulzura, y lo señaló y escogió para que todo se dedicase á su divino servicio y con un heroico acto de obediencia le ofreciese su vida, que en tiempo de peste fué el tercero que santamente la remató, siendo Rector de este Colegio. Fué natural de Talavera de la Reina, en España, hijo de padres limpios y de conocido linaje que resplandecía en su ajustado vivir, y acciones virtuosas y cristianas en que criaban á su hijo. Y así, salió tan inclinado á la virtud y devoción, que desde su tierna edad dió muestras de la mucha perfección que después en la religión había de alcanzar. Fué de vivo y despierto ingenio; y así, sus padres le aplicaron á los estudios, y en las primeras letras se aventajó tanto á sus condiscípulos, que les era causa de emulación y dechado de virtud.

Fuése forzoso interrumpir los estudios con ocasión de que un tío suyo, Religioso grave en la Provincia de Guatemala, se lo envió á pedir á sus padres, los cuales, atendiendo á sus aprovechamientos, se lo remitieron, quedando desconsolados con su ausencia. No bien llegó á Guatemala, cuando continuó sus estudios y en ellos comenzó á esparcir las luces de ejemplo, que los Padres de aquel Colegio que le trataron en tan tierna edad, repararon en la compostura de sus costumbres. La modestia en el semblante, viveza de ingenio, aplicación al estudio, condición apacible, su noble y dócil natural, á que llegándose unos vivos y poderosos impulsos con que Nuestro Señor quería le sirviese en la Compañía, lo confirmaron en esta santa vocación.

Vino á México á pretender su cumplimiento, y habiéndolo conse-

guido, luego que entró en el noviciado se echó bien de ver cuán de veras le había llamado Dios Nuestro Señor á su Compañía, siendo uno de los más fervorosos y edificativos novicios que había en él. Y como á tal, el Padre Rector y maestro de novicios le proponía por ejemplar y dechado á los demás de toda regular observancia, que habían de imitar. Era el primero en disciplinas con que maceraba su cuerpo, dejando las paredes y suelos de su aposento salpicadas con sangre, de que los compañeros novicios se espantaban y edificaban, y conferían entre sí el extremado rigor y aspereza con que se trataba. Este tenor de vida tan penitente y religioso, continuó todo el tiempo de sus estudios, que con igual opinión de virtud, y nombre de consumado estudiante conservó. Salió un sujeto muy cabal en todas letras para ocupar, como ocupó con mucho lucimiento y crédito de nuestros estudios, la cátedra de Artes en el Colegio de San Pedro y San Pablo de México, donde antes de leer el curso, tuvo á su cargo la Congregación de estudios mayores, y con tanto fervor de espíritu en sus pláticas, que de ellas salían los estudiantes afervorizados y movidos á la devoción de la Virgen Nuestra Señora y á la frecuencia de los santos Sacramentos, y muchos con la luz del cielo, desengañados de las vanidades del mundo con resolución se entraron en religión. Después de leído el curso de Artes le hicieron Ministro del mismo Colegio de San Pedro y San Pablo, y juntando con el celo de la religión la suavidad, se experimentó en la amable prudencia del Padre su vigilancia, porque cuanto más procuraba en los nuestros la exacta observancia de las Reglas, tanto más tiernamente le amaban, mostrando con lágrimas todo el Colegio este buen afecto con su Ministro, cuando de aquí pasó á Guatemala á leer Teología, de donde le trajo la obediencia á leer la cátedra de Visperas á nuestro Colegio de San Ildefonso de la Puebla, lo cual ejecutó con su acostumbrada satisfacción.

Estos ejercicios literarios y ocupaciones forzosas en nada impedían el fervoroso celo del P. Bartolomé de las Casas para ayudar á los prójimos en el aprovechamiento de sus almas. Y como si fuera corta esfera la de su ocupación de estudios, se daba mucho al confesonario y pálpito, cuyas exhortaciones eran tan fervorosas, como publicaron grandes conversiones de personas perdidas y almas rematadas; publicando que con sus sermones les había Nuestro Señor alumbrado el entendimiento é inflamado la voluntad para mudar de vida. Sus discípulos de Artes y de Teología fueron de los que más se lograron, pues con la doctrina de tan ejemplar maestro, eran motivo de virtud á los demás, y muchos poblaron las Religiones, y en ellas resplandecieron en letras y en virtud. Todo su conato ponía en aficionarlos á la frecuencia de los santos Sacramentos, aborrecimiento al pecado y devoción á la Virgen. Porque como en él era tan grande y señalada quería que todos la tuviesen entrañada en sus corazones. Esparcía muchos tratados y poemas latinos y castellanos (que fué muy fácil y elegante poeta en ambos idiomas) entre los estudiantes, para que así más se arraigase la devoción de la Reina de los Angeles; y así, dejó casi toda la vida de esta Señora compuesta en geroglíficos, panegíricos y versos líricos, que si se dieran á la estampa fueran de mucha estimación.

Conociendo los Superiores su mucha religión, cordura y talento para gobernar, le sacaron del Colegio de la Puebla para Rector del de Mérida.

da, y el obediente Padre aceptó (como solía decir) sólo por servir á los que de la Compañía quedaban vivos en aquel Colegio, y ayudar á los enfermos y apestados con el contagio. En que aquella ciudad corría en este tiempo, con el socorro de lo temporal y espiritual, en cuanto sus fuerzas pudiesen alcanzar, sin asombrarle los horrores que la peste causaba en aquella Provincia, y lastimoso estrago, con que se había llevado á los más de los nuestros de aquel Colegio. Cumplió bien con su promesa y obligación el Padre Rector, pues apenas desembarcó en el puerto de Campeche, cuando comenzó con grande fervor á ejercitar nuestros ministerios, y llegando á aquel Colegio (aun no bien recobrado del cansancio del camino y embarcación) como con nuevo brío y fervor se dedicó al empleo de la ayuda de las almas, á oír confesiones, asistir á los apestados con rara constancia y perseverancia, y atender á los demás negocios de su oficio. No le impedía todo esto el predicar en pocos días muchos sermones, dichos con alientos propios de su fervoroso espíritu, sacados de la Escritura y Santos Padres y encendidos en la fragua de la meditación y oración á que le tiraba la estima que siempre tuvo de estos santos ministerios, y de lo cual, (con sentimiento de muchos) se le ocasionó el mortal achaque de que murió. Este fué un venenoso y recio tabardillo, que en cinco días le acabó y sacó de esta vida mortal. Conocida su malicia por el riguroso Padre, aunque en todo el discurso de su vida se había dispuesto para aquel último trance, de nuevo se dispuso para él, haciendo una confesión general de toda su vida, y reconciliándose muchas veces con tiernísima devoción para recibir el Viático y la Extremaunción del santo Oleo, estando tan en sí y con tanta entereza de sus sentidos, que respondía á todo hasta poco antes de expirar. Invocando los dulcísimos nombres de Jesús y de María, entregándoles su alma como holocausto abrasado en el fuego de su caridad para con los prójimos, el día de la Visitación de esta su devotísima Señora que, favoreciéndole en la muerte tanto cuanto el Padre le había sido afectuosísimo devoto en su vida, ese día se lo quiso llevar á gozar de su presencia, año de 1649. Sintióse el golpe de esta muerte en nuestro Colegio, y en la ciudad con extremo, por haber, en tan poco tiempo, robado el Padre los corazones de todos con su religioso trato, caridad ardiente, singular agrado, celo encendido y ejemplarísima vida. Echóse bien de ver la estimación que del Padre Rector Bartolomé de las Casas y de su grande religión se hacía en esta ciudad, en el numeroso concurso de gente que á su entierro acudió; asistió el Gobernador de aquella Provincia con lo más noble y lucido de la ciudad, hallándose ambos Cabildos y ofeando la Misa el Chantre de la Catedral. Acudió la comunidad de la sagrada Religión de San Francisco (que como queda dicho es muy devota nuestra) tierna y sentida (como decían), de la pérdida de un hombre de tanta importancia, y de sujeto tan cabal, edificativo Religioso y que tanta falta había de hacer á todos, grandes y chicos, ricos y pobres, pues todos hallaban amparo, doctrina y consuelo en el Padre Rector, de quien hacían tanta estimación, que toda la ciudad atribuía esta muerte á severo castigo de Dios por sus pecados. Pero el consuelo, que en muerte tan temprana de sujeto de tantas prendas se pudo con buenos fundamentos tener, fué el poderse contar este religiosísimo Padre entre aquellos insignes varones que ofrecieron sus vidas en medio de peligros de pestes por ejercitar,

en ayuda del bien de sus prójimos, su ardiente caridad. Murió este siervo de Dios, año de 1649, de 43 años de edad, los 24 de Religión de la Compañía, y los 4 últimos de profeso de cuatro votos; está enterrado en nuestra Iglesia del Colegio de Mérida, siendo su Rector.

CAPITULO XXI.

VIDA Y DICHOSA MUERTE DEL MUY RELIGIOSO
PENITENTE Y DEVOTÍSIMO HERMANO JUAN ESTEBAN. AÑO DE 1648.

§ I.

De sus juveniles años, vocación y entrada en la Compañía de Jesús.

Escribimos la vida de este gran siervo de Dios y Hermano nuestro en este lugar: lo uno, por haber sucedido su dichosa muerte con la misma ocasión de peste que corrió en la Provincia de Campeche, y ayudando á los Padres cuyas vidas dejamos escritas, que murieron en Mérida ejercitando los ministerios y obras de caridad de su estado con los apestados; y lo otro, porque en este lugar y Colegio gastó los últimos años de su vida en el ministerio en que ordinariamente le tuvo empleado la santa obediencia. Nació el Hermano Juan Esteban en un lugar de la Nueva España llamado Huehuetoca, muy nombrado por el desagüe célebre que por allí se dió á la gran laguna de México, porque no lo anegasen sus crecientes. Fueron sus padres pobres de haberes de fortuna, pero ricos de bienes de gracia y virtudes cristianas, en especial su madre, que se daba muy de veras á todos los ejercicios de virtud, procurando criar sus hijos en el temor y amor santo de Dios, especialmente á su hijo Juan, á quien amando tiernamente, muchas veces con lágrimas en sus ojos, solía decir, para más imprimir en su corazón desde aquella tierna edad el aborrecimiento al pecado: «Primero, hijo mío, te vea yo muerto en mis brazos, que en pecado y ofensa de Dios.» Petición que se lee de la religiosísima Reina Doña Blanca, para con su hijo el santo Luis, Rey de Francia. Y para conseguir mejor su intento la madre de nuestro Juan, después de haberlo encomendado á quien le enseñase bien á leer y escribir, procuró inclinarlo á que tratase con nuestros Religiosos, que dos leguas de Huehuetoca vivían en el Colegio de Tepotzotlán; y se pasó ella á vivir á este pueblo, por conseguir lo que pretendía. Encomendólo á un Padre nuestro, muy ejemplar varón, llamado José de Vides, para que se confesase con él y lo tuviese por Padre espiritual. Obedeció Juan Esteban por algún tiempo á los consejos de su buena madre, pero después, pareciéndole como mozo de natural vivo y brioso, que aquella vida que él lloraba cautivo no se podía llevar, y á título de que quería buscar cómo ayudar á dos hermanas doncellas que tenía, trató de dejar á sus padres y buscar otro modo de vivir. La madre, que temía que éste era ardid del demonio para destruir el alma de su hijo